

jardines salvajes marosianos, la de Dios: un Dios-monstruo cuya perseverante transmutación acelera las metamorfosis del escribiente y de la escritura en otra cosa, en algo que parece escapar a la literatura sin, no obstante, escapar a la letra (pp. 141-142).

Acerca de cierta divinidad también versa el ensayo de Jorge Charras, “El viaje sin Dios. Notas sobre la experiencia del poeta en la ciudad en *Humana Vitae Mia* de Viel Temperley”. De acuerdo a esta lectura, aquí en las pampas el aburrimiento urbano no es la excrescencia de la “vida moderna” según han venido enseñando los “tediosos parisinos” que, como Baudelaire, hacen de la “potencia para negar, [...] la *ética* de los modernos nihilistas” una vez que la Historia ha llegado a su fin y la revolución ha sido declarada imposible (p. 118). Lejos de ello, Viel Temperley escribiría la crisis de las “vías de contacto” con Dios, vías truncadas por fuerzas de destrucción del yo que quedaría, entonces, sometido a la disolución no mística, ni extraordinaria (p. 125): a la mera disolución por aburrimiento ante la suspensión de la relación con lo divino.

En el capítulo final, se presenta una entrevista a la poeta Estela Figueroa, precedida por un escrito de la entrevistadora, Silvana Santucci. La investigadora indica que “la escritura de Figueroa nos presenta otra forma de vida. Una subjetividad mediada por el lenguaje, donde la poesía emerge como el ordenamiento de una experiencia prefigurada” (p. 151). Al leer esa conversación, uno puede adivinar que Santucci está en lo cierto al afirmar que la poeta se dedica a transformar lo intolerable en canto, a “*habitar* en desamparo” (p. 153).

Cierra este libro una traducción de “Le misologue”, de Pascal Quignard, a cargo de Adriana Canseco.

Noelia Billi

Paul Patton, *Deleuze y lo político*, trad. Margarita Costa, Buenos Aires, Prometeo, 2013, 190 pp.

El creciente interés por la obra de Gilles Deleuze hizo que en los últimos años se multiplicaran las traducciones de textos de bibliografía secundaria publicados en otros idiomas. Si bien en un principio esas traducciones apuntaron a obras que abordaban el pensamiento deleuziano en su totalidad, pronto comenzaron a aparecer textos que abordaban aspectos particulares de su obra, sobre todo aquellos relacionados con problemas estéticos que, como se sabe, ocupan un lugar protagónico en la obra del filósofo. No menos importante es la creación de conceptos que Deleuze aportó para pensar lo político. Sin embargo, faltaba la edición en castellano de alguna obra que aborde este tema de manera orgánica. La editorial Prometeo viene a suplir

esta falta con la traducción de *Deleuze y lo político*, publicado originalmente en inglés en el año 2000.

Quizás Paul Patton resulte un nombre familiar para los estudiosos hispanoparlantes de la obra de Deleuze, ya que uno de sus artículos (“Deleuze, Rawls y la filosofía política utópica”) forma parte de la recopilación *Deleuze político. Nueve cartas inéditas de Gilles Deleuze*, cuya traducción fue editada por Nueva Visión en el año 2010. En *Deleuze y lo político*, Patton destacaba ya la posibilidad de cruzar los conceptos políticos deleuzianos con la tradición anglosajona que profundizó nueve años después, en el artículo mencionado, pero desde una perspectiva que, sin dejar de ser discutible, resulta mucho más rica y compleja (la comparación con Rawls en el artículo más reciente resulta algo forzada). Esto sucede sobre todo cuando, en el cuarto capítulo pone en relación el concepto deleuziano de “devenir” con la idea de “libertad crítica” de James Tully, concepto que serviría para diferenciar la idea deleuziana de libertad de otros conceptos más tradicionales en el pensamiento liberal como “libertad positiva” y “libertad negativa”.

Pero más allá del interés que pueda revestir ese cruce, en el primer capítulo Patton acierta al tomar como punto de partida la crítica deleuziana a la imagen dogmática del pensamiento y la teoría del concepto. La hipótesis aquí es que una aproximación al pensamiento político deleuziano sólo es posible desde una comprensión de la naturaleza de la práctica filosófica, tal como es abordada por Deleuze desde sus primeros escritos hasta el tardío *¿Qué es la filosofía?*, ya que dicha práctica es política en sí misma.

En el capítulo dos Patton pone a Deleuze en el contexto de las políticas contemporáneas de la diferencia relacionándolo con autores como Lyotard, Derrida, Foucault, pero intentando delimitar el aporte original de su pensamiento. El mismo estaría dado por su teoría de las multiplicidades. En esta línea, el autor advierte que resulta fundamental el capítulo cuarto de *Diferencia y repetición*, donde el concepto de Idea (o Problema) no sólo nombra al objeto trascendental de una nueva imagen del pensamiento, sino también al elemento genético de una ontología de las multiplicidades y de la univocidad del ser. Allí Patton retoma los ejemplos deleuzianos de la Idea de sociedad y la libertad como objeto trascendental y como poder social de la diferencia (que se expresa sólo en la acción revolucionaria). El autor interpreta esta caracterización deleuziana como una consecuencia de su interpretación del eterno retorno nietzscheano (como retorno de lo diferente) y como antecedente de la filosofía política desarrollada en *Mil mesetas*, en conceptos como “devenir”, “nomadismo” y “desterritorialización”, que son abordados en los capítulos cuatro a seis.

En términos del impacto político concreto que puede tener el pensamiento deleuziano, resulta interesante la discusión en torno a la efectividad de una política de la diferencia que, si no determina con claridad su concepto, está

siempre sujeta a posibles apropiaciones por parte de políticas de derecha. Como ejemplo de esta deriva indeseable (que el pensamiento deleuziano ayudaría a eliminar o prevenir) Patton cita en el segundo capítulo problemas concretos en torno a posturas racistas y sexistas que reivindican el “derecho a la diferencia” para justificar el endurecimiento de las políticas inmigratorias en ciertos países europeos o para explicar la disparidad en el acceso al trabajo. La “aplicación” de conceptos deleuzianos a problemas políticos concretos es, por otro lado, uno de los objetivos explícitos de esta obra, desarrollado con mayor profundidad en el último capítulo en torno al problema de la colonización.

El capítulo tres aborda otro tema fundamental para pensar lo político en Deleuze: el problema del poder. Allí Patton parte de la interpretación deleuziana de Nietzsche, encontrando allí la base de la filosofía política elaborada con Guattari. Pero aún más interesante resulta la fuerte ligazón conceptual que el autor propone entre la teoría de los diagramas o máquinas abstractas de *Mil mesetas*, por un lado con la teoría de las Ideas de *Diferencia y repetición*, y por otro, con la teoría de las fuerzas desarrollada en *Nietzsche y la filosofía*. El primer punto se sigue directamente de la originalidad de la teoría de las Ideas como pensamiento de las multiplicidades, mientras que en el segundo, Patton destaca la importancia del punto de vista deleuziano para una teoría del poder que renuncie a considerarlo sólo en sus aspectos represivos. Allí, el autor recuerda que Deleuze y Guattari no caracterizan las *máquinas* sólo como “aparatos de captura”, sino también como “máquinas abstractas de mutación o transformación”, recordando que ejercer el poder sobre otro cuerpo no es sólo limitarlo. También puede ser ampliar su potencia (habría pues, nietzscheanamente, una forma activa y una reactiva de ejercer el poder).

Otro tema destacable (e ineludible para cualquier obra que intente pensar lo político en Deleuze) es la relación con Foucault. Esta cuestión es abordada al final del capítulo sobre el poder, y profundizada en el capítulo cuarto, que lidia sobre todo con la política del deseo propuesta en *El Antiedipo*. El problema gira en torno a la prioridad que Deleuze da al concepto de deseo por sobre el problema foucaultiano del poder. En este punto, Patton repone con claridad las semejanzas y diferencias entre ambos pensadores, destacando la clara distinción entre los problemas políticos a los que arriban. Así, el principal problema foucaultiano sería cómo explicar la resistencia, mientras que para Deleuze y Guattari un problema central sería el de explicar cómo es posible que el deseo busque su propia represión.

El capítulo quinto aborda el concepto de Estado y la discusión en torno a las interpretaciones que hacen de la filosofía deleuziana una propuesta antipolítica, en el sentido en que plantearía el Estado como una mera negatividad represiva, favoreciendo una especie de anarquismo libertario (interpretación errónea que según el autor se puede evitar teniendo en cuenta las

complejas relaciones entre los conceptos de territorio, desterritorialización y reterritorialización).

Por último, la traducción presenta algunos problemas que es necesario mencionar. Al no tener en cuenta la tradición de las ediciones en español de la obra deleuziana, utiliza conceptos como “líneas de vuelo” en lugar del habitual “líneas de fuga” (confusión que tiene su origen en la traducción inglesa del concepto de “*lignes de fuite*” por “*lines of flight*”), o, más grave aún, “conjunto” en lugar de “agenciamiento”. Estos errores, que son fácilmente identificables para un lector familiarizado con el pensamiento deleuziano, pueden resultar confusos para quien esté introduciéndose en estos temas. Con todo, estos problemas no llegan a opacar el texto, que presenta una lectura original y relevante que contribuye a la discusión en torno a los aportes de la filosofía deleuziana para pensar lo político.

Rafael E. Mc Namara

Cosima Wagner, *Cartas a Friedrich Nietzsche. Diarios y otros testimonios*, introducción, traducción y notas de Luis Enrique de Santiago Guervós, Madrid, Trotta, 2013, 312 pp.

Con mucho acierto, Luis de Santiago Guervós se refiere a Cosima Wagner, en su introducción a la traducción de estas cartas y otros testimonios, como “el laberinto de Nietzsche”. Una relación enigmática, de la que sólo nos quedan los testimonios de las cartas de Cosima, ya que las que Nietzsche le envió a ella como respuesta (y también las dirigidas a Richard Wagner) fueron destruidas. Un total de 92 cartas faltantes, de las que algo se puede reconstruir, como señala Luis de Santiago Guervós, a partir de los *Diarios*. Para el traductor, toda la obra de Nietzsche está atravesada por el misterio acerca de si la Ariadna de sus obras y cartas es Cosima. Como sabemos, una de las esquelas de la locura de 1889, dirigida a Cosima, reza precisamente “Ariadna, te amo”. Cosima fue una de las principales interlocutoras de Nietzsche (junto con Wagner) en sus comienzos filosóficos, ese momento que ha sido denominado “Idilio de Tribschen” por la (supuesta) armonía que existía entre los tres amigos (Nietzsche, Wagner y Cosima).

Cosima estuvo siempre rodeada por la música: hija de Franz Liszt, alumna del discípulo de su padre y director de orquesta Hans von Bülow, se casó con éste (con quien tuvo dos hijos), antes de convertirse en la amante y posterior compañera de Richard Wagner. Creo que allí, en esa vinculación con la música, se encuentra uno de los elementos para entender la fascinación de Nietzsche por ella, en la medida de la relevancia que la música tiene en su filosofía, la que podría ser pensada como música.